

MÁS ALLÁ DE LA TRAGEDIA

Jorge Rivadeneyra.

“¿Hay un pesimismo de los fuertes, una tendencia intelectual a la dureza, al horror, al mal, a la incertidumbre de la existencia?”
(Friederich Nietzsche, “Origen de la Tragedia”, Obras Inmortales, Tomo I, Edt. Teoréma, Argentina, 1985, pág. 470).

Pesimismo quiere decir que el estado del mundo es el peor posible, que el dolor es superior al placer, que la felicidad es inalcanzable. Y este malestar, al parecer propio de los débiles, de acuerdo a Nietzsche, también ataca a los fuertes.

¿Qué significa *fuerte*? En este contexto, seguramente poderoso, lleno de vida y comodidades, pero básicamente el hombre que piensa y que a causa de sus conocimientos y de su sensibilidad, sabe que la existencia está llena de incertidumbre.

Esta afirmación de Nietzsche podría ser la clave de su trabajo denominado “Origen de la Tragedia”. Nótese que aquí la tragedia no se refiere a una obra de teatro, sino la vida misma, aun cuando los sucesos deben ser interpretados habida cuenta que es imposible leerlos al desnudo, sin referentes valorativos. De todos modos, la tragedia no

es un patrimonio del oprimido, del que ha sido sometido, del que sufre, como se ha venido creyendo. Más todavía, parece que el sufrimiento en sí mismo no es trágico; le faltaría el dolor sin nombre provocado por la incertidumbre, por el sinsentido de las compras a crédito, de la televisión, de uno que otro paseo al final de la semana.

De ese modo, no sería trágica la existencia de países colonizados, en el sentido actual de colonización, esto es dependencia de las grandes potencias con la máscara del libre comercio, de la globalización, o culturalmente, en el sentido largo de la palabra. A pesar de estos dogales, los habitantes de los países dependientes tienen sus gracias, incluso son poderosos, como los chamanes, no sólo porque te hacen cualquier maleficio, sino porque llevan a cabo renombradas fiestas, carnavales, añonuevos, esas abigarradas algarabías que a pesar de su originalidad y de sus rechinchines, parecieran estar hechas de tristeza. En ellas la miseria se disfraza de opulencia, y la melancolía se viste de erotismo. Una fiesta no puede ir más allá de sí mismo, y éstas se agotan en la embriaguez y la orgía. Después queda el hartazgo, esa hondísima resaca. De las alturas de la ilusión se cae de golpe en el hastío de todos los días.

Nietzsche se pregunta de dónde vendrá la tragedia y responde, interrogativamente, qué acaso de la alegría, de la soledad exuberante,

del exceso de vitalidad (Ibíd., pág. 473). ¿De la alegría? ¡Caramba! Esto es todo lo contrario de lo que se ha dicho sobre la tragedia; también es lo opuesto a la moral que predica el cristianismo uno de cuyos principios dictamina que **se debe condenar la vida porque la vida es esencialmente algo inmoral** (Ibíd., pág. 476). Quizá por eso, para enfrentarse contra una de las más antiguas pacaterías anteriores al cristianismo, se ha inventado el vocablo *dionisiaco*, que quiere decir la fiesta, la lujuria y el canto; significa luchar contra la moral, y luchar contra la moral es lo mismo que romper las ataduras, el optimismo entendido como una domesticada alegría de vivir. *Dionisiaco* significa también, “alzarse contra todo lo existente” (Albert Camus, “El Hombre Rebelde”, Edt. Losada, Buenos Aires, 1953, pág 27), es decir morir lentamente, aniquilarse. Tal vez eso sea la tragedia: un alzarse a sabiendas de que la única posibilidad es la derrota. Y este alzarse tiene el encanto de la ilusión, que esconde, a su vez, la desesperación de una muerte próxima.

Pero la tragedia también es ese ineludible apareamiento de lo instintivo con la racionalidad, eso que Freud llama “*principio de la realidad*” y “*principio del placer*”. Son antagonistas pero tienen que vivir juntos; cada uno de ellos es derrotado y redimido, aun cuando *el principio de la realidad*, es decir el sacrificio, la renuncia, la racionalidad, en suma, mantiene la primacía

porque representa vivir de acuerdo a las normas sociales, reprimirse para llegar a ser lo que no se es. Este principio tiránico, **apolíneo**, según Nietzsche, no es más que un velo que oculta el mundo dionisiaco. (Nietzsche, Ibíd., pág. 491).

La tragedia se origina en una concepción del mundo que se parece un bolero porque afirma, casi cantando, que la vida es digna de ser vivida. Y la tragedia consiste en perderla. Si la vida no fuera digna de ser vivida, morir sería un alivio. Por eso, “lamentarse de la muerte ineludible es en verdad un himno a la vida”. Al son de ese himno se trata de “**triunfar con la ayuda del poderoso espejismo de la ilusión**” (Ibíd., Pág. 494), porque en toda empresa, en toda confrontación, hay un espejismo. Si no lo hubiera jamás tendría lugar el combate. “*Con la ayuda de este espejismo de belleza, la voluntad helénica combatía esta aptitud para el sufrimiento, esta filosofía del mal y del dolor*” (Ibíd., pág. 494).

Al respecto, Nietzsche dice que la vida está dividida en dos mitades. Una de ellas es la cotianeidad, y la otra, la que vivimos en sueños. Aun cuando la primera aparece como la más importante, la segunda es la que sostiene nuestra existencia porque es el mundo encantador de las apariencias, donde el sueño objetiva la apariencia, enfrentándose al “*eterno dolor primigenio, principio único del mundo*” (Ibíd. pág. 496).

Es decir que si la materia prima es el dolor, la alegría sólo es una de sus máscaras, y de ese modo, todas las búsquedas, expediciones y exploraciones de la felicidad sólo serían una droga que atenúa ese dolor primordial. Esta *drogadicción* permite que *"el soñador dionisiaco se vea transformado en sátiro, y en cuanto sátiro se contempla como dios. En su metamorfosis se ve fuera de él"* (Ibíd., pág. 517).

Ya se sabe, las generalizaciones siempre dejan por fuera o no explican suficientemente muchos aspectos de la existencia. Así, ¿en qué deberían transformarse los latinoamericanos para verse desde fuera? Y si lo hicieran, seguramente no se verían como dioses sino con sus harapos mentales y laceraciones sumamente visibles. Pero claro, son inagotables los argumentos a favor o en contra de cualquier problema, como lo demuestran los abogados cuando defienden al inocente o al culpable con la misma elocuencia argumentativa.

Decir *los abogados* es una reducción. Esa capacidad de transformar lo bueno en malo y lo malo en bueno, también es usual en el mundo de la política e incluso es uno de los atributos del poder. Y también de todo el mundo. De este modo, la imposibilidad de establecer la verdad vendría a ser otro de los elementos trágicos de la existencia, no por la verdad en sí misma, sino

por las injusticias que se cometen en su nombre.

A pesar de que Nietzsche, al comienzo de su obra, se refiere a la tragedia como constante universal y no sólo del arte escénico, en la página 529 anuncia la muerte de la tragedia griega. No obstante, después de desaparecer del teatro, ese concepto se ha incorporado al lenguaje tan profundamente que pareciera que la tragedia es parte constitutiva de la propia existencia, como lo demuestran la literatura y el arte, porque tragedia también es la coexistencia de lo malo y de lo bueno, cualesquiera que sea la definición que se dé a esos adjetivos.

También se diría que la tragedia es llegar al final del camino. Sin embargo, esta afirmación presupone que los caminos están hechos de antemano, predeterminados, como el destino. No obstante, en tanto que símbolo, final del camino puede significar fracaso de un proyecto, por ejemplo del proyecto de vivir. En todo caso, este llegar al final implica la imposibilidad absoluta de seguir adelante, o de retroceder a causa de una contracción ominosa del tiempo y del espacio. Ante esta imposibilidad, pareciera que las alternativas están como encerradas en una caja fuerte con tremendas cerraduras. O con más simpleza, que no hay alternativas, aun cuando en sentido estricto aún quede la alternativa de la muerte.

Pero viendo la situación con más atención, puede haber, también la alternativa de acomodarse a ese final a fin de sobrevivir a toda costa, a pesar de todo, de acuerdo al poderoso instinto de conservación. Acomodarse, vea, como lo hizo el amigo de *Papillón* cuando éste le invitó a fugarse de la Isla del Diablo donde cumplían una condena de por vida. Acomodarse, entonces, hasta que se desembarace la marrana, acomodarse de acuerdo al optimismo, o a la democracia, o al mestizaje en nombre de algún mejoramiento.

En estos términos, en los del acomodo al final del camino, la tragedia griega, esa que exigía la muerte gratuita, deja de serlo porque quien debería morir decide acomodarse a las nuevas circunstancias. Este acomodarse supone, 1) que aún se puede decidir haciendo caso omiso del todopoderoso destino; 2) que quien decide es lo que es antes y después de haber caminado hacia el final de camino.

Sin embargo, el que se acomoda optimistamente al final del camino es posible que ya no sea el mismo que inició el viaje. Es decir ya no es lo que era ni el que quería ser. Y este conflicto deja ser un acomodarse, sólo sería la careta de la desesperación que no sabe su nombre, que no quiere entender que acomodarse es una agonía que ni siquiera tiene el premio de la muerte.

Esta agonía sin muerte está más allá de la tragedia porque la tragedia es finita: termina con la muerte.

Sin embargo, ¿qué es la tragedia y cuál la noción de lo trágico? Nietzsche no hace estas distinciones, pero dice a los seres humanos, ***“atrévase a ser hombres trágicos y merecerán la libertad”***.